

San Julián Marías

ENRIQUE GONZÁLEZ FERNÁNDEZ *

Permítaseme. No soy el único en llamarlo así; coincidimos en ello bastantes personas. Cuando yo se lo decía, él reía, no le sentaba bien, me pedía que no dijera tonterías. Añadía que él no era partidario de beatificaciones y canonizaciones; “Dios lleva la cuenta”, afirmaba. Pero —medio en broma, medio en serio— yo intentaba explicarle que cuando se declara la santidad de una persona es en beneficio de los que quedamos aquí, para que nos veamos alentados por ella e impulsados a imitar sus virtudes heroicas.

Que las virtudes de Julián Marías han sido heroicas consta para muchos. No solamente la paciencia que tuvo al sobrellevar con buen ánimo la larga y penosísima enfermedad que tanto le hizo sufrir en los seis últimos años de su vida en este mundo. También se aprecian esas virtudes leyendo sus memorias, Una vida presente, que prestan valiosísima ayuda a quienes se asoman a ellas. Yo le repetía una y otra vez que con ellas ocurre un fenómeno parecido al que se extrae de la lectura de vidas de santos, género literario que educa, guía,

edifica, acompaña confortando al espíritu humano, deseoso de encontrar modelos de conducta digna y ejemplar en medio de las dificultades de este mundo.

Y esas dificultades de Marías han sido enormes. Por ejemplo, a pesar de las persecuciones, de las campañas en su contra y de los malos ejemplos de poderosos eclesiásticos —que para otra persona, menos heroica, con menor valor, hubieran traído como consecuencia el alejamiento de la fe—, él resistió a todo ello. “Que se vayan ellos”, era su dignísima fórmula. Yo escribí un artículo sobre esta cuestión titulado El valor de la fe, publicado en esta revista el año 1998, y Julián Marías me comentaba que algunas personas, al leerlo, le decían cómo se asombraban de la cantidad de faenas que le habían hecho.

Desde mi adolescencia quise conocer a Julián Marías. Me sentía atraído por sus inteligentísimos artículos. Siendo casi un niño, su persona me parecía inaccesible. A mis dieciséis años había leído y subrayado concienzudamente su Introducción a la Filosofía. Tenía que esperar. Dos años después ingresé en la Facultad de Filosofía de la Universidad

* Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación.

Complutense. Me dolía que allí no se estudiara ni a Marías ni a Ortega. En mis trabajos aprovechaba para citar y exponer la filosofía y la obra, sobre todo, de Julián Marías.

Mi intuición no suele fallarme. El 31 de octubre de 1982 llegaba Juan Pablo II a Madrid. En directo, por televisión, seguí el discurso de bienvenida que el Rey dirigía al Papa. Tan bien conocía yo entonces el pensamiento de Julián Marías, tan familiarizado estaba con él, que pensé que él mismo había redactado esas palabras del Monarca. Pasaron los años; cuando ya era amigo de Julián Marías se lo pregunté y me contestó que sí, que Don Juan Carlos se lo había pedido, y que había sido muy curioso ponerse en el papel de redactar un discurso que iba a pronunciar un Rey para recibir a un Papa por primera vez en España. Le comenté que yo estaba convencido de que él había preparado otros discursos reales. Así fue: cuando Su Majestad fue investido doctor honoris causa en la Universidad de San Marcos, de Lima, y al recibir el Premio Carlomagno en Aquisgrán.

Me fue difícil acceder a él. Conseguí, en la guía telefónica, su número. Alguna vez lo llamé, casi tembloroso por la emoción, pero siempre me decía que estaba muy atareado o en vísperas de algún viaje. Por no molestar, desistí. Seguí admirándolo en la distancia, disfrutando de sus artículos, con la pena de no poder aproximarme personalmente a él. Lo comprendía, porque entonces Julián Marías estaba, quizá, en el periodo de más éxito, de mayor popularidad, muy atareado con sus conferencias, cursos, viajes, libros, artículos. Cuando publicó, el año 1983, *Una visión antropológica del aborto*, yo tenía 21 años y estaba en tercero de carrera. Al poco tiempo, en una sesión de la Real Academia Española, un domingo por la tarde, el 13 de marzo, asistí a la recepción de un nuevo académico, como solía hacer junto a mi gran amigo Julián Cortés-Cavanillas, que me proporcionaba la invitación. Delante de nosotros se habían sentado Tina y Odón Alonso. Yo

esperaba con ansia el final de aquella sesión para poder acercarme al estrado y saludar a Julián Marías. Así lo hice; el motivo era felicitarlo por ese artículo. Me dio las gracias desde arriba, era imposible que yo subiera, y tenía prisa porque debía marcharse con José Luis Pinillos, ambos vestidos con el elegante frac académico. Otro tropiezo de mi mala suerte.

Terminé la carrera de Filosofía en 1985. Luego ingresé en el Seminario de Toledo, donde estudié Teología y a la vez fui profesor. Recuerdo que en los ratos libres devoraba España inteligible, libro recién publicado. Como no podía seguir recortando sus artículos de periódico, los fotocopiaba. El año 1989 le envié la tarjeta con el anuncio de mi ordenación, sin esperanza de que me contestara. Al poco tiempo fui enviado a Roma. En un año hice otra licenciatura, y en la tesina lo cité profusamente. En 1990, cuando me comunicaron que debía continuar con el doctorado, me decidí a escribirle diciéndole que estaba preparando una tesis en que iba a exponer parte de su pensamiento; que acababa de leer el primer tomo de sus memorias, emocionado por lo que contaba de la muerte de su hijo Julianín, y que me gustaría poder hablar con él para que me orientara.

Por fin me contestó con una carta. Tras una llamada telefónica, me citó para ir a su casa el 30 de julio de 1990, y a las cuatro de la tarde. Después de tantos años, no podía creérmelo. Me recibió con toda cordialidad. Fue la primera de nuestras conversaciones, sentados, los dos en aquel sofá azul, junto a la preciosa copia de *La Anunciación*, de Fray Angélico, cuadro que para mí significaba muchísimo desde 1985. Se levantó varias veces para ofrecerme diversos libros que podrían ayudarme. Fue sumamente amable. A partir de entonces se inició una profunda amistad.

Yo no me sentía merecedor de esa amistad, de su interés por mí, de su exquisita educación y elegancia, de la esperanza que depositaba en mi

modesta persona, de la atención que me prestaba, de la bondadosa mirada con sus ojos fijos en los míos, como si adivinara quién soy yo, como si me conociera mejor que yo mismo. Hacía lo mismo con toda persona de buena voluntad que lo visitara. En cierto momento se quitó sus gafas para leer algo y, al volver a mirarme para comentarlo, me di cuenta de que sus ojos eran azules. Sin esas gafas, sin esos cristales, sus ojos aparecían mucho más inteligentes, bondadosos, perspicaces, más serenos, más alegres. Como Ortega, también él era “amigo de mirar”. No se le escapaba nada. Yo me sentía radiografiado por esos ojos, aunque solamente podía ver por el izquierdo. En los últimos años se quitó definitivamente las gafas porque llegó a ver mejor sin ellas. Su mirada era única. La echo tanto de menos...

Su confianza en las personas dependía de lo que veía en sus rostros. Aseguraba que en la cara se adivinaba la bondad o la maldad de alguien. Siempre se movió, para el sumo arte que llamaba de “distinguir personas”, guiado y fiado por lo que le revelaban sus rostros, que para él no podían engañar, porque eran inconfundibles ante su atenta mirada, potente como un foco, como una lupa.

Le llevaba libros suyos para que me los dedicara. Yo me asombraba de que él encontrara tiempo para recibirme, aunque siempre me citaba, incluso en pleno verano, a las cuatro de la tarde. Respondía atento a mis cartas desde Roma. Le complació mi tesis doctoral, que obtuvo la máxima calificación, y que le envié desde allí. Por cierto, yo presagiaba entonces que las cosas para mí iban a ponerse mal, porque en Toledo no se hizo ninguna mención de mi tesis, a pesar del brillante acto en que la defendí en Roma, y como no se dijo ni media palabra de ella donde debía hacerse, mis antiguos alumnos pensaban que quizá habría suspendido. Pero yo no le daba importancia, consideraba que era un despiste, un error disculpable, me parecía inverosímil tanta maldad de alguna mano negra

dirigida contra mi insignificante persona, como así estaba ocurriendo en realidad.

Cuando Julián Marías viajó a Roma para las sesiones del Pontificio Consejo de Cultura, me llamó para que fuera a visitarlo en su hotel. Pasado el tiempo me pidió acompañar, en su visita a la Ciudad Eterna, a Mari Presen de la Nuez y a su familia.

Volví a España en 1992. Puso mucho empeño en que, desde Toledo, me desplazara a Madrid, junto a Antonio Hernández-Sonseca, para asistir a su curso de los miércoles, organizado por el Colegio Libre de Eméritos. Lo hacíamos, corriendo a veces peligro, en mi destartado automóvil de tercera mano, saliendo de Toledo a las tres de la tarde y regresando, tras la conferencia, por la noche, que en invierno sobre todo suponía mayor riesgo.

En sus cartas, Julián Marías me preguntaba por el ambiente humano que encontré en aquella residencia de Toledo. No me atreví a comentarle lo que temía que se me venía encima. El mes de julio siguiente, sentados en el sofá de su casa, se dio cuenta de mi situación tan delicada y preocupante. Hizo todo lo que estaba en sus manos para salvarme. Escribió cartas, sin éxito, a dos cardenales. Entendía perfectamente lo que me estaban haciendo porque él sufrió un caso similar con la traición de ese amigo que lo denunció mediante la calumnia. Me decía que mi caso era parecido y que también se explicaba por la envidia.

Vine a Madrid, sin empleo, sin sueldo, sin nada. Aterrorizado. Él procuraba distraerme por todos los medios. Me llamaba frecuentemente por teléfono para invitarme a su casa. Me daba conversación. Me invitaba a cenar. Me empujaba a escribir y a leer. Me llamaba para ir al cine, a la primera sesión de la tarde. Pedía la fila diez. Vi con él muchísimas películas, de cuyas impresiones me hablaba y cuyas crónicas aparecían publicadas más tarde. Me leía, cada semana, los originales de sus artículos, las terceras de ABC,

perfectamente mecanografiados, lo cual para mí —después de tantos años leyéndolos con admiración en el periódico y conservándolos— era un inmenso privilegio que aligeraba algo mi difícilísima situación.

Tuve que ir a vivir a Sevilla, a una barriada muy pobre, entre fábricas, al lado de una estación de tren abandonada, casi en una chabola, porque era lo único que podía hacer. Allí recibía cada semana una o dos cartas tuyas. Aunque yo no le dije nada de mi situación tan precaria, se dio cuenta de ella. Al cabo de cuatro meses tuve que volver a Madrid porque ya no había trabajado allí.

De vuelta a Madrid, mi situación no llegó a desesperarme porque contaba con su amistad y sus atenciones. Volví a leer sus memorias, porque comparaba sus dificultades con las mías, y de eso obtenía algo de consuelo. Entre las tinieblas, él era como el sol, luminoso y cálido. Seguimos yendo al cine, que para él tiene una función de alegrar el corazón, dilatar el horizonte de la vida, de dar fuerza para sobrellevar la pesadumbre de ella. El que entra en un cine —decía— deja a la puerta, como se deja el paraguas, su vida real, con sus preocupaciones, y entra en una historia ficticia, en otras vidas, y durante hora y media deja en suspenso sus pesadumbres; cuando termina la proyección las recoge y se vuelve a casa, pero ha descansado y tiene quizá más fuerza para seguir adelante. Estoy convencido de que su acentuada afición cinematográfica procedía muy principalmente de ese alivio que le proporcionaba. Y a mí —que hasta entonces no le tuve verdadera afición— me llamaba “compañero de cine”.

Recuerdo que una vez, a esas horas después del almuerzo, nos dormimos los dos en el patio de butacas. Pero su crónica de cine fue tan aguda como siempre. Regresábamos a su casa en taxi, en metro o caminando. Como le estaba empezando a costar fatiga caminar, lo cogía del brazo. E igualmente

dentro del cine al atravesar la sala a oscuras, para que no tropezara, hasta llegar los dos a la fila diez.

Tenía un gran sentido del humor. Nos reíamos bastante juntos. Procuraba hacerme reír, divertirme para aliviar penas. Lo conseguía. Muchas veces tenía que reprimir sus gracias y ocurrencias, al hablar y al escribir, para que no se sintiera herida alguna persona.

Otra vez me pidió llevarlo a Segovia porque tenía que dar allí una conferencia sobre su libro recién publicado Mapa del mundo personal. Era pleno invierno y el pronóstico meteorológico inquietaba. Las carreteras estaban llenas de nieve. Le advertí del peligro que corríamos con ese viejísimo y desvencijado coche que yo tenía. Pero él dijo que no había por qué preocuparse. Fue milagroso que no nos pasara nada, sobre todo al regresar a Madrid después de cenar. Todavía no me puedo explicar por qué el coche no resbaló nunca con tanto hielo, que no fallara entre tanta niebla, que no pereciéramos ante tanto frío que entraba por todos lados. Al poco tiempo me quedé sin automóvil. El coche lo proporcionó más adelante Alejandro Abad, también Ernesto Quílez, para conducirlo a sus conferencias en el Cuartel del Conde Duque.

Diferente fue el viaje que hicimos unos meses antes a Yepes, donde nos habían invitado a almorzar Antonio Hernández-Sonseca y su familia: en pleno verano, con un calor espantoso. Parecía que nos deshidratábamos dentro del coche, pero él vestía traje y corbata. En realidad, en su propia casa siempre vestía así. En verano, eso sí, vestía camisa de manga corta sin corbata. Pero para hacer un viaje como el anterior, para complacer a nuestros anfitriones, se puso aquella vez su traje claro.

Él procuraba, de nuevo, distraerme leyéndome sus artículos antes de enviarlos al periódico, diciéndome que las cosas se iban a solucionar porque la verdad, tarde o temprano, se impone por sí misma. Al cabo de un tiempo pudo

hacer una gestión, que dio resultado y con la cual salvó mi vida. Como puede comprenderse, le estoy agradecido para siempre.

Pero sin embargo él —me dijo— no consiguió todo lo que había esperado de esa gestión, que todavía la verdad no se había impuesto completamente, que aún no se me había hecho justicia. Yo le contestaba siempre que era igual, que para mí bastaba, que yo había pasado de la desgracia a tenerlo todo, y que siempre pedía a Dios que le pagara por su preciosa ayuda. Realmente hizo un verdadero milagro porque mi situación era un callejón sin salida, imposible de resolver, y yo, resignado, me había hecho ya a esa idea. Si para una beatificación hace falta un milagro, he ahí uno realizado en vida.

Desde entonces quiso que fuera a cenar con él, a su casa, todas las noches. No pude hacerlo, debido a mis obligaciones, sino solamente unos cuantos días a la semana. A la mesa también destacaba por su caballerosidad, sus buenos modales, su conversación elegante. Se sabía de memoria mi número de teléfono. Tan acostumbrado estoy a sus llamadas telefónicas —a última hora de la tarde para ir a cenar, a primera hora para ir al cine—, que cuando suena el teléfono, incluso ahora, me parece que voy a escuchar su inconfundible voz: —¿Enrique?

Él dormía mal; muchas veces pasaba las noches sin conciliar el sueño. Decía que estando así, en posición horizontal, por la noche, a oscuras, hay menos defensas y le llegaban pensamientos o recuerdos particularmente irritantes. A pesar de esas noches tan malas, por la mañana, tras su baño, se encontraba restablecido y volvía fresco a la vida normal, a su trabajo. Por higiene mental, aconsejaba no pensar en los “infernadores”, en esas personas que a él, a mí, a casi todos nos han hecho el mal.

Algunas veces me contaba los sueños que había tenido. Soñaba mucho con

Lolita, a la que tenía presente permanentemente.

Resultaba conmovedor cómo la echaba de menos, cuánto la quería, cómo le era siempre fiel. Decía que cambiaba todo con tal de volver a estar con ella aunque fuera viviendo tan pobremente como los primeros años de matrimonio, cuando no tenían nada y había que inventar muchas cosas para poder llegar a fin de mes (cada mes tenía para ellos varios fines). Y se lamentaba de cómo, desde que murió, su situación económica era mejor, y que le hubiera gustado tanto compartirla con ella, máxime teniendo en cuenta esas penurias del principio.

En 1997 me encomendó la tarea de preparar y ordenar sus últimos artículos, tantos que en el acto de presentación del libro resultante —dos volúmenes titulados El curso del tiempo— dijo con generosas y agradecidas palabras que mi trabajo había consistido en “hacer cosmos de un caos”. En el prólogo escribió: “En la preparación y ordenación de este libro ha sido inapreciable la ayuda de mi amigo Enrique González Fernández, a quien quiero expresar mi profundo agradecimiento”. Y dijo en el prólogo que hizo para mi libro La belleza de Cristo que yo era desde hacía bastantes años uno de sus mejores amigos. Se movió mucho para que hicieran una reseña de este libro en un semanario eclesiástico, porque no decían nada. Eso me compensaba de todo.

Durante aquellos veranos se quedaba en Madrid. Como yo tampoco salía, en mis vacaciones me invitaba a almorzar y cenar. Charlábamos todo el día, veíamos alguna película en su televisor, o me pedía ordenar sus papeles y libros. Acabábamos con las manos completamente negras. Me pedía clasificar sus cartas de tantos años; había algunas para romper y tirar, pero sus instrucciones sobre otras eran conservarlas en cajas —según procedieran de España o del extranjero— porque daba a sus remitentes la calidad de buenas personas.

Eso era para él lo más importante que había que esforzarse por ser en la vida: buena persona. Una vez me dijo que, recapitulando su vida, estaba seguro de no haber hecho nunca mal a nadie, que muchas veces había preferido “pasar por un primo” antes que dejar a alguien humillado o perjudicarlo lo más mínimo. Incluso asumiendo ese riesgo con tal de ayudar a quien podía. “Por mí que no quede”, era su lema, y lo llevaba a la práctica para hacer el bien a los demás. Disfrutaba esforzándose por conseguir ese fin, hablando bien a una persona de otra ausente, disculpando siempre los defectos ajenos, haciendo que sus amigos, entre nosotros, nos hicieramos también amigos. Tenía una capacidad asombrosa de hacer amigos de todas las edades, a todas las alturas de la vida, de prestar atención a sus vidas tan personales, de conseguir extender esas amistades mutuas.

No tenía “corteza”. Su ánimo era joven. A diferencia de otros viejos, él no había perdido elasticidad vital, sensibilidad y capacidad de proyección. Decía que la mayoría de las personas de su edad, por retracción, se rodeaban de esa corteza de los árboles viejos para disminuir su vulnerabilidad.

Su bondad, como su inteligencia, parecía no tener límites. Él hablaba de las raíces morales de la inteligencia. Para él, si una persona es buena, es, por tanto, inteligente. Los malos pueden ser listos, pero no inteligentes. Asombraba su capacidad de comprensión, enseguida, de todo. Creo que el mundo ha perdido a la persona más inteligente que tenía. Hablaba como si estuviera leyendo, sin que le sobrara o faltara una sola coma. Su memoria era prodigiosa (hasta que le empezó a fallar los dos últimos años, algo que también le hacía sufrir). Resultaba perfecto en sus conferencias, dadas sin papeles. Y escribía mejor que nadie. Sólo por esto hubiera merecido el Premio Cervantes, pero los premios y él —afirmaba— eran incompatibles. Las instituciones no se portaron bien con él. Cuando las Universidades concedían doctorados honoris causa a mansalva, a

él lo olvidaron. Por eso se negó a aceptar últimamente un doctorado que le ofreció la Universidad de Valladolid, no por desconsideración a ella; y para que no se viera así me esforcé lo que pude para convencerlo que aceptara, pero siempre se negaba cuando lo llamaban por teléfono.

Guardaba los secretos escrupulosamente, como un confesor. Y lo que no eran secretos también. Por ejemplo, nunca, ni siquiera a sus hijos cuando le preguntaban, decía lo que el Rey y él habían hablado después de una audiencia. Aseguraba que la razón histórica justificaba la Monarquía en España.

Su pasión y veneración por la verdad eran de todos conocidas. Desde que de niño hizo la promesa de no mentir nunca, cumplió esto a rajatabla. Por no mentir hubiera estado dispuesto a dejarse cortar un brazo.

Me pidió ordenar unos artículos suyos para publicarlos en un libro que quería titular Concordia sin acuerdo. Un día se los llevé con un índice y me hizo pasar al comedor para clasificarlos y consultarme nombres para dar a las tres partes de la obra. Al extender los artículos sobre la mesa del comedor, recordaba que a Ortega le parecía ese tipo de mueble muy útil. Aprovechaba para citar frecuentemente a Ortega, tal era la admiración y el cariño que siempre le profesó. Otros hubieran hecho una filosofía teniéndose a sí mismos como centros y geniales protagonistas, pero Marías quiso en todo momento enaltecer a Ortega, mostrar su vigencia, su genialidad y originalidad, enseñar que partía de él, que procedía de su filosofía. Y esto teniendo en cuenta la máxima importancia de la filosofía de Julián Marías; estoy convencido de que es uno de los mayores filósofos de la historia (para mí el mejor). Cuando yo le hablaba de su superioridad sobre Ortega se enfadaba, no lo podía aceptar, decía que era justamente al revés.

Me atrevo a decir que Marías ha partido de Ortega paralelamente a como en el siglo XIII Tomás de Aquino se sirviera de Aristóteles, a quien llamaba, por antonomasia y con mayúscula, el Filósofo (Philosophus). A su modo, también Santo Tomás completó a Aristóteles consigo mismo y le dio sus propias posibilidades a pesar de la enorme distancia —cultural, temporal y espacial— que lo separaba de él. Por no hablar de la distancia lingüística, porque Santo Tomás no leyó directamente a Aristóteles, sino las traducciones hechas al latín por Guillermo de Moerbeke. La empresa de Marías respecto de Ortega ha sido mucho más asequible y razonable. Como sobre estos dos, asimismo podemos afirmar que Santo Tomás es inexplicable sin Aristóteles e irreductible a Aristóteles.

Presumía de no haber ido nunca al dentista, de conservar todos sus dientes. Pero hace unos diez años, en Buenos Aires, se le cayó un diente. Al volver a Madrid se lo noté, y como tenía que dar una conferencia al día siguiente, lo llevé a mi padre para que se lo arreglara enseguida. Posteriormente tuvo que seguir acudiendo donde mi padre para otros reparos. Las últimas veces nos llevaba Alejandro Abad en su coche, y juntos lo ayudábamos a caminar. Después, como ya no podíamos con él, era mi padre el que se desplazaba hasta su casa para arreglarle los dientes.

En la primavera del año 2000 tuvo su primer problema de salud, que siempre había sido excelente. Acostumbraba a tomar un baño al levantarse. Debió de sufrir un infarto en la bañera. Estuvo allí, sentado, sin poderse levantar, cerca de una hora, hasta que llegó su fiel Angelines, como cada día, para preparar la comida. Luego fue ingresado en la clínica. Una tarde me llamó desde ella para que le hiciera compañía aquella noche. Dormí —casi nada— en la cama supletoria; él, en cambio, tuvo un plácido sueño. Me dijo que hacía mucho tiempo que no dormía tan bien. “Incomparablemente”, me contestó cuando le pregunté por la mañana. Tras ayudarlo a asearse y a afeitarse, tuve

que irme. Sobre su mesilla tenía varios ejemplares de La perspectiva cristiana, libro del que se encontraba muy satisfecho y que regalaba a quienes lo visitaban. Su original mecanografiado me lo había leído, al igual que otros libros.

Cuando regresó a casa también me llamó para que la primera noche le hiciera compañía. Salió de la clínica peor de como había entrado, y con una sonda que desembocaba en una bolsa que colgaba de un aparato con ruedas. Debía ir a todas partes con ella. Apenas podía moverse. Era una situación angustiosa. Tras la cena, lo ayudé a acostarse. Era penoso cómo hasta en la cama tenía que estar con aquella bolsa. Dormí como pude —y cogí unas buenas anginas porque entraba viento frío por la ventana situada a mi cabecera— en la que había sido la habitación de su hijo Javier. Durante la noche me llamó para darle agua, cambiarle de postura o conducirlo al servicio. No salía de sus labios ni una sola queja. Ya no podía vivir solo, y hubo que contratar a Elsa.

Él siempre había estado satisfecho de su soledad, de no tener que dar la lata ni causar molestias a nadie. Empezaba a cambiar todo, con su consiguiente preocupación, pero jamás protestaba ni perdía su calma. No le gustaba nada el “pataleo”. Cuando algo le dolía, decía que no había que quejarse porque, aparte de no servir para nada, añadía mayor dolor.

Al principio de su deterioro físico conmovía verlo caminar por el pasillo agarrándose a las estanterías repletas de libros. Sonreía. Más tarde había que sujetarlo. Finalmente vino la silla de ruedas, que al principio no quería ni que se mencionara. Varias veces tuvo que ser hospitalizado. Pero lo asombroso es que, dándose perfectamente cuenta de que aquello iba de mal en peor, seguía sin perder la calma, sin quejarse, haciendo bromas, permaneciendo atento a sus amigos. Es verdad que la medicación era fuerte, pero yo creo que todo lo aguantó con paciente resignación. Julián Marías sufrió indeciblemente durante los últimos años de su vida en

este mundo. Más que los dolores, que soportaba con tanta paciencia, lo que de verdad resultaba penoso para él era no poder seguir leyendo y escribiendo. Antes de su operación de cataratas, que al final no dio resultado, le regalé un transistor para que pudiese escuchar la radio. Al principio, como hacía con mis regalos (así con la almohadilla eléctrica que le llevé, aunque luego la utilizó mucho), no lo quiso, pero después se aficionó tanto a él que casi siempre, cuando estaba solo, lo ponía junto al oído. Así sucedió hasta poco antes de morir.

Desde el año 2000, y durante cerca de un lustro, me dictaba sus artículos, con esa atrayente y elegante voz que todavía parece resonar en mis oídos. Al principio me los dictaba en su despacho: él se sentaba enfrente y yo a la mesa, en su máquina de escribir, con la que él había escrito tantos miles de páginas. Cuando la máquina se estropeó, Alejandro Abad tuvo la amabilidad de llevarle su ordenador portátil e impresora.

Yo llegaba a su casa los lunes por la mañana. Sentado en su butaca del salón —ya no utilizaba el sofá azul—, me hablaba con ilusión de lo que había pensado para escribir el artículo semanal. “¿Qué te parece?”. A mí me parecía —cómo no— todo excelente. Me preguntaba por un posible título. Después lo ayudaba a levantarse, a caminar por el pasillo hasta su despacho y a sentarse. Luego me dictaba. Tras cada párrafo me preguntaba sobre mi parecer y si se entendía bien. Hacía comentarios. Finalmente le imprimía los tres folios, se los doblaba, los introducía en un sobre donde le escribía “ABC (Colaboraciones)” y se lo dejaba en el portal a la espera del mensajero que iba a recogerlo. Pasado el tiempo, como ya le costaba mucho caminar, y a veces los dolores de piernas eran horribles, me dictaba directamente en el salón.

También le leía la correspondencia que recibía. Me dictaba las cartas de contestación, que le imprimía en una hoja con el membrete de la Real

Academia Española. Les ponía el sello y se las echaba al buzón.

Desde la publicación de *El curso del tiempo* me daba las pruebas de imprenta de sus libros y trabajos a fin de que las corrigiera. Para mí era una alegría muy grande poder servirle y pagarle así un poco lo mucho que le debía.

También me pidió ordenar sus artículos publicados desde 1997 hasta 2001, que forman el libro *Entre dos siglos*, cuyo prólogo me dictó al igual que las dos terceras partes de que se compone, y quiso que tuviera un apartado dedicado a las personas, que para él son la realidad más importante de este mundo. Porque ha sido el filósofo que más y mejor ha pensado sobre la persona humana. Durante los últimos años de su vida en la tierra, el deseo más íntimo de Julián Marías era estar con las personas, hablar con ellas, buscar su compañía.

Le importaban verdaderamente las personas. Quería a sus hijos, a sus nueras, a sus nietos, a todos sus amigos. Ha hecho el bien no sólo a quienes hemos estado cerca de él, sino a infinidad de personas que han leído sus escritos, y a todos nos ha enseñado a ser mejores.

Muchas veces le rogué, sin éxito, que me dictara libros que él consideraba todavía tenía que escribir. Pensaba continuar sus memorias con un libro, en otro estilo diferente, titulado *Todavía presente*. Y escribir el último curso —sólo pudo impartir la mitad— que dio en el Instituto de España: *Lirismo y prosaísmo*. Tampoco tuvo éxito mi insistencia en que siguiera dictándome artículos. Ni en que me dictara otros cursos para libros, ayudándonos de transcripciones. Ni en hacer un trabajo que le propuse de parte de Leticia Escardó. Con gracia decía que él ya tenía fecha de caducidad. Sentado, se dormía fácilmente y ya no podía prácticamente dictar con la misma fluidez de antes.

A finales de 2004 le llevé a Julián Marías la colección de sus últimos artículos, ordenados cronológicamente y con un

índice de los mismos. Como él, debido a su enfermedad, no se animaba a ponerse en contacto con la editorial para publicar esos últimos artículos, tuve que hacer alguna gestión, con Olga Cubillo, y al final pidieron un título para el libro resultante y un prólogo. Quise que él eligiera el título. Para ello le leí varias veces la relación de los artículos, por si algún título de ellos pudiera poner nombre al libro que se iba a publicar. Al final eligió La fuerza de la razón, título de uno publicado el 3 de junio de 2003. Así quedó por fin compuesto el último libro de Julián Marías, que se publicaría a comienzos del verano de 2005.

Su prólogo fue lo último que me dictó, lo penúltimo que dictó porque lo último se lo dictó a Francesco de Nigris —que tanta compañía le dio durante los últimos años— como prólogo a su libro Libertad y método. El liberalismo desde la perspectiva personal de Ortega y Marías.

Tan creyente en la inmortalidad y en la resurrección, no le gustaba que se hablara en pretérito de las personas que ahora, con él, viven esa vida perdurable que tan bien imaginó y que tanto deseó. Solía llevarle la Comunión, se la daba en latín, y en esa lengua rezábamos las oraciones, porque a él le agradaba. Le administré en dos o tres ocasiones la Unción. Él había estado cuatro veces en Jerusalén. La primera, muy joven, en 1933, y en el Santo Sepulcro su plegaria fue: “Dios mío, dame una vida intensa y llena de sentido cristiano”. Me animó mucho a ir cuando me ofrecieron, casi me obligaron —y hasta me mandaron—, hacer esa visita. Por todas partes me acordaba de él. Sobre todo en la Basílica de la Anunciación, escenario de lo que representa la copia del cuadro de Fray Angélico, primer mueble y centro de su hogar. Allí, la mañana del 15 de diciembre de 2005, su nuera Consuelo me llamaba por teléfono para comunicarme la noticia de su muerte, su llegada a la Jerusalén celestial. Si hubiera yo estado entonces en Madrid, quizá no lo habría podido soportar. Fue providencial.

Es verdad que ya se encontraba muy enfermo y con terribles dolores. No podía seguir viviendo así en este mundo. Como él decía, ahora su amor a Dios intensifica su realidad de tal manera que se multiplica su amor a las criaturas, más amadas y más interesantes que antes, precisamente porque está rebosante del amor de Dios y de su amor a él, en presencia, cuyo valor es intensificador. Desde Dios ama más que nunca, en forma de posesión plena, a las personas amadas.

Aunque nuestro sentimiento de orfandad, el de tantos amigos de Marías, es muy acentuado y nos encontramos como desamparados, sin la compañía de aquel que tanto ha hecho por nosotros, que tanto nos ha ayudado, defendido y consolado, confiamos que ahora, y con más eficacia, lo seguirá haciendo. De hecho, lo hace, como atestiguan muchos amigos comunes que hablan, también, de esa santidad, y de que en la vida perdurable no para de organizar empresas a fin de favorecernos, siempre fiel a su lema “por mí que no quede”.